

VISITA A ITZEA

Satur NAPAL LECUMBERRI
s_napal@yahoo.es

Pocos escritores tienen un lugar de peregrinación. Tolstoi posee su Yasnaia Poliana y James Joyce, su Dublín natal. De la misma manera Baroja tiene el suyo, Itzea, el caserón que compró y rehabilitó en Vera, en la montaña de Navarra. Como todo buen barojiano, también presumo de mi visita a Itzea, la romería a La Meca de todo buen amante de don Pío.

La visita está ya descrita por los múltiples devotos del escritor de todas las maneras posibles y parece que repetir lo ya dicho no aporta mucho. Pero todos los que hemos pasado por Itzea alardeamos de medallas barojianas. Por otro lado, la visita me emocionó tanto que no puedo dejar de narrarla.

Un lluvioso día de otoño, frío y ventoso, de hace algunos años, visité Itzea acompañado de Benigno Oreja del Río, médico urólogo y nieto de Benigno Oreja Elósegui, también urólogo, que fue quien practicó la famosa intervención de próstata a don Pío en la clínica San Ignacio de San Sebastián. Aparcamos el coche frente a la casa de Errotacho, sitio lleno de resonancias literarias barojianas. Anochecía y se oía el rumor del agua del Xantellerrec, arroyo que yo asocio con los de las lamias, sirenas de agua dulce que tanto le gustaban a Baroja. En la puerta de Itzea nos esperaba Bitori. Nacida en Sangüesa (Navarra), durante cuarenta años cuidó Itzea y a don Julio Caro Baroja.

Yo, como ya sabemos, barojiano declarado y sin fisuras desde mi adolescencia, me siento emocionado por entrar en Itzea, morada por antonomasia de don Pío y de todo el clan Baroja. Bitori, paciente del doctor Benigno Oreja, hace las presentaciones. Pío Caro Baroja, el sobrino de don Pío, nos recibe en el zaguán. Con su melena de pelo blanco, sus patillas, los pantalones de pana y la gorrita de visera tiene algo de ganadero de bravo andaluz o de hacendado sudamericano. Con suma amabilidad nos irá enseñando todas las dependencias de Itzea. Enseguida, creo, Pío percibe en Benigno y en mí a dos admiradores de sus tíos y de su hermano.

Después de haber leído y releído a lo largo de los años a don Pío Baroja, a sus hermanos Ricardo y Carmen y a sus sobrinos Julio y Pío Caro Baroja, ya conozco todo lo que nos va contando nuestro anfitrión de hoy: las columnas de piedra del zaguán que sujetan la gran viga de madera de roble de más de catorce metros; los reposteros con los blasones heráldicos de los Alzate, los Baroja y los Go-



Pío Baroja, aguafuerte de su hermano Ricardo Baroja.

ñi, cosidos por la abuela de Pío Caro y madre de don Pío Baroja, ayudada por Carmen Baroja y sus amigas de Vera, Maximina Berasáin e Isidora Echeagaray; el gran farol de hierro que construyó Ricardo cortando con una tijera el metal, sujeto a la gran viga por un dragón de hierro proveniente del palacio de los Condes de Oñate en Madrid.

Comenta Pío Caro que en el zaguán se celebraban bailes y correcalles, en los que marchaban bailando y agarrados de las manos sus padres, sus tíos y sus amigos. No le quiero decir nada, pero la verdad es que no me figuro a su tío Pío Baroja bailando el correcalles. Aunque todo es posible...

Visitamos la cuadra y oímos historias de la guerra y la posguerra, cuando, para poder subsistir, la familia Baroja, refugiada en Itzea, con Pío Baroja en París y el padre de Pío Caro en el Madrid republicano, no tuvo otro remedio que ponerse a criar cerdos, ovejas, patos y conejos y a cultivar patatas y trigo en la huerta. La cuadra, en la actualidad, aparece atestada de objetos etnográficos acumulados por Julio: trébedes de hierro, cepos para atrapar osos y lobos e incluso hasta un buitre disecado con un cencerro al cuello, regalo de un señor de San Sebastián, y que me recuerda a otro buitre con cencerro de la literatura barojiana.



Vista de la Casa Itzea, en Vera de Bidasoa.

En otra habitación de la planta baja se encuentra uno de los nacimientos, no belenes, que es palabra de uso reciente, nos aclara Pío, con figuritas, muy rústicas, de barro cocido, a las que tan aficionado era Julio Caro Baroja desde su infancia. Como fondo, el conjunto luce un paisaje pintado con colores muy vivos y con el inconfundible estilo del ilustre etnógrafo. Subimos la amplia escalera de roble hasta el recibidor. Aquí nos espera, y nos saluda, la mujer de Pío Caro, Josefina Jaureguialzo. Pasamos al comedor y, después de una breve charla de Benigno Oreja con Josefina, quien conoció, cuando era niña, a su abuelo el urólogo, continuamos la visita por Itzea. Acompañados de las explicaciones y comentarios de Pío Caro vamos accediendo a las diferentes habitaciones.

El cuarto verde aparece repleto de objetos traídos de la casa de San Sebastián de la tía Cesárea Goñi y Alzate, reflejados en muchas de las novelas de don Pío (Las inquietudes de Shanti Andia, Los pilotos de altura, La estrella del capitán Chimista o El laberinto de las Sirenas), que sus lectores recalitrantes reconocemos inmediatamente: el cuadro con la ejecutoria de los Goñi; la fragata de marfil y ébano colgada del techo; los grabados con navíos españoles antiguos; las conchas traídas de Filipinas; la caja de música con los "chinitos" que bailan; el violonchelo de Serafín Baroja, el padre de Pío Baroja, ingeniero de minas, que desde Río Tinto, donde estaba destina-

do, cruzaba toda la Península para tocar con él cada 14 de agosto en la Salve donostiarra.

Pasamos al cuarto de los retratos, el cuarto de Ricardo, según nos comenta Pío Caro. Aquí están representados en efigie Serafín Baroja y Carmen Nessi y diferentes autorretratos de Ricardo, desde su juventud hasta la ancianidad. También se puede observar un óleo pintado por Ricardo, muy bonito, donde se distingue el gran salón de Itzea con Carmen, la abuela, al fondo; un paisaje de Itzea entre la niebla; un retrato de Azorín, pintado por Ricardo, que Pío Caro pudo conseguir en una subasta; la figura, con mucho carácter, fundida en plomo, de un casero vasco; y más estatuillas y cuadros.

En otra estancia, el museo lo llama Pío Caro, del techo cuelga una fragata construida por Ricardo y la famosa águila disecada, que en los años de hambre sirvió, en la huerta de Itzea sembrada de trigo, como espantapájaros, bastante ineficaz, según Pío Caro. En las paredes, cuadros de batallas y grabados y, en el piso, una rueca, bargueños y un pesado caballete en el que pintaba Ricardo.

En el cuarto amarillo aparecen los muebles y recuerdos de la tía abuela, Juana Nessi, la dueña de la panadería Viena-Capellanes, la que quería los huevos con dos yemas y que quedó reflejada por Pío Baroja en el libro Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.

La sala está presidida por un retrato de Gertrudis Nessi. Acompañándola aparecen daguerrotipos, cofres con ninfas en actitudes provocativas, cuadros y retratos de los Nessi, antiguos antepasados italianos de los Baroja; también, la caja de música holandesa, que repica, entre otras, las melodías *La fille du Régiment*, de Donizetti, *El Carnaval de Venecia*, de Paganini, *Martha*, de Flotow, y un vals de Strauss.

En el segundo piso de Itzea están los dormitorios y la biblioteca. El cuarto de don Pío, del que dijo una señora que parecía el de un obispo, según nos cuenta Pío Caro, que así es realmente, con su cama dorada, sus sillas tapizadas de rojo, los grabados con temas masónicos y los retratos de don Pío, uno de ellos de Picasso. Todo muy en consonancia con el escritor que, en cierta manera, tenía en su forma de vida algo de obispo antiguo: su soltería recalciante, la siempre comentada pasión y dependencia de su madre, el amor por las tertulias y el fuego de las chimeneas, su miedo a las corrientes de aire, la costumbre de tener siempre la cabeza cubierta, su afición por los sillones cómodos, los dulces, los halagos, los gatos y, sobre todo, el orden monótono que le daba a su vida.

La escalera que sube al desván está ocupada por gran cantidad de grabados: Espoz y Mina, el Empeñinado, Espartero y otros ilustres hombres decimonónicos. Entramos en la enorme buhardilla, arreglada por Julio Caro en 1971. Se conservó y mejoró el antiguo maderamen y todo el espacio se dividió en

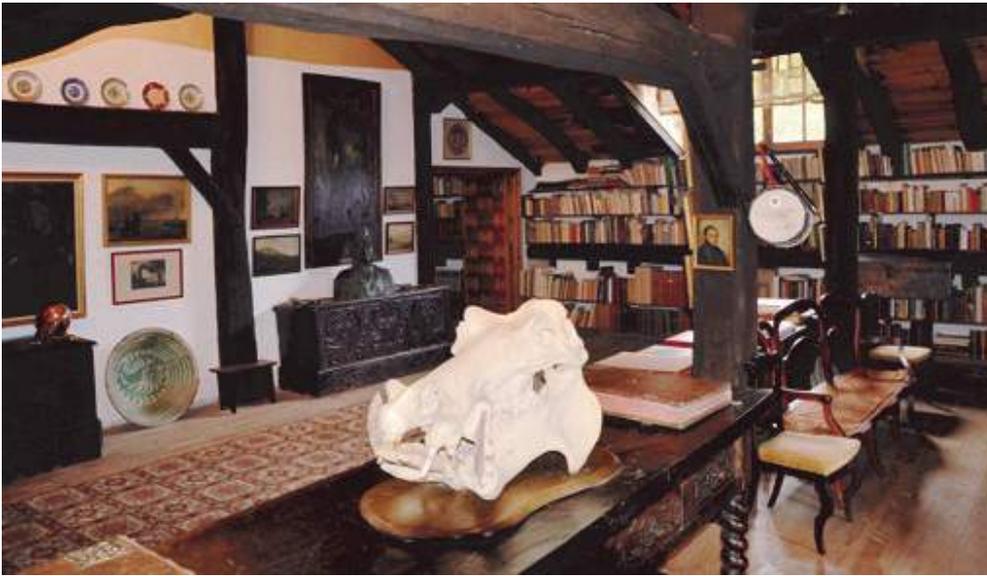
tres salas, cada una con su nombre propio: El Viento Sur, La Osa Mayor y la Estrella Polar.

Finalizada la visita, bajamos al comedor. En la pared, cercana al enorme fogón, Pío Caro nos enseña la plañidera de alabastro que le regaló Azorín a Baroja. Don Pío la tenía en gran estima y, según su sobrino, hasta hablaba con ella. El judío Weisberger, amigo de don Pío, intentó cambiársela por una buena cantidad de libros raros en una visita a Itzea, pero Baroja se zafó de la oferta alegando que era el regalo de un amigo.

Luego, sentados alrededor de la gran mesa de castaño de la sala, comenzamos a charlar con Pío Caro y Josefina. La conversación, con un aire amable y hasta familiar, versa sobre todo "lo humano y lo divino", aunque sin grandes temas trascendentes. Pío y Josefina nos van contando historias de Itzea, de los Baroja y de sus amigos, de la gran cantidad de gente que acude a ver Itzea y de los muchos barojianos entusiastas que hay por el mundo. Aunque, a veces, también vienen gentes despistadas. Como la pareja que al finalizar la visita comentó como agradecimiento: "Sí, a nosotros nos gusta mucho Baroja... ¡hasta hemos leído *Fortunata y Jacinta!*" O el visitante que, al finalizar la visita, le entregó a Pío Caro diez euros.

Biblioteca de Itzea





Desván de Itzea.

Pío Caro nos cuenta cosas de su estancia en Méjico: del indio Fernández y sus revólveres, del tremendo acento aragonés de Buñuel y de su aspecto de baturro, de los poetas Manuel Altolaguirre y León Felipe y de otras gentes del exilio. Igualmente, nos habla de las relaciones de sus tíos Ricardo y Pío Baroja con Valle-Inclán, Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset, los So-

También nos recuerda Pío Caro a los periodistas y "escritorcillos" que desde siempre se han acercado a Itzea para escribir su "articulito". ¡Pensándolo bien, es nuestro caso! Nos hablan de Julia Uzcudun, enterrada en la tumba de los Baroja en Vera, quien había vivido en Itzea desde su juventud. Antes estuvo trabajando en San Sebastián en casa de la tía Cesárea Goñi.

Evocan la muerte absurda de Maruchi Monné, la sobrina carnal de la mujer de Ricardo Baroja, Carmen Monné. La chica, de vez en cuando, se acercaba por Itzea. Era enfermera. Murió en Logroño al caerse por el hueco de un ascensor en el sanatorio del que estaba encargada.

Luego leí, en el libro de Pío Caro Baroja Itinerario sentimental. Guía de Itzea, algo que me hizo muchísima gracia al referirse a esta muchacha: que era muy movida y moderna, fumaba, tomaba el sol en la huerta de Itzea, usaba ropas atrevidas para la época e iba en bicicleta. Ricardo Baroja le decía a Julio Caro, un poco en broma, que se tenía que casar con ella.

lana y las visitas de muchos de ellos a Itzea. Asimismo, de la afición de Julio Caro Baroja, en sus últimos años, por comprar bargueños y pinturas, alguna de cierto valor, como El alquimista de Teniers.

Nos recuerda la muerte del etnógrafo en Itzea, el 18 de agosto de 1995, después de una larga enfermedad producida por su antigua diabetes. Pío Caro nos comenta pensativo que ha sido el único de los Baroja que ha tenido la suerte de morir en Itzea. Luego, la conversación discurre sobre temas más prosaicos, como por ejemplo la próstata y las diferentes formas de operarla. Más adelante Pío menciona la intervención de cadera de su tío Pío Baroja, fue un éxito; pero el anciano Baroja ya estaba totalmente postrado por una arterioesclerosis generalizada. Además, comenta la intervención de hernia inguinal que le practicó a Ricardo Baroja en el Hospital de Basurto el cirujano navarro Luis Abascal Garayoa, de la que el pintor salió fumando y por su propio pie.

Interior de Itzea





Libro del autor sobre Pío Baroja.

Hablo a Pío Caro del libro de su madre, Carmen Baroja, Recuerdos de una mujer de la generación del 98, que yo he leído recientemente. Es un libro muy triste, me comenta Pío, que queda pensativo. Aparecen los hijos de Pío Caro y Josefina Jaureguiualzo. Carmen Caro Jaureguiualzo es bibliotecaria de la Bibliote-

ca Nacional; mañana se va a algún viaje de trabajo al extranjero. Su padre nos dice que es como a su madre, Carmen Baroja, le hubiera gustado ser: viajar por el mundo, conocer idiomas, tratar a intelectuales y artistas y ser libre. El hijo, Pío Caro Jaureguiualzo, callado y sonriente, alto y elegante, se encarga ahora de la editorial familiar Caro Raggio.

Los dos tienen aspecto amable y simpático. Para ellos, tienen que representar un peso enorme las historias y las anécdotas, siempre repetidas, de sus ilustres ancestros. Seguramente estarán algo abrumados por la tradición familiar y la enorme cantidad de recuerdos de tantos Baroja, por otro lado de tan fuerte personalidad todos ellos. Josefina nos ofrece un "gin-tonic", que parece ser una rutina familiar de la media tarde. Creo, lo leí en algún sitio, que Julio Caro Baroja comentaba que su hermano tuvo una gran suerte en casarse con Josefina. Conociéndola hoy y oyéndola hablar, viendo su amabilidad y elegancia, estoy de acuerdo con la afirmación de Julio.

Así van transcurriendo, sin casi darnos cuenta, tres o cuatro horas. Me gusta pensar que algo similar sería la famosa tertulia de don Pío Baroja con sus amigos, en los últimos años, en el domicilio madrileño de la calle Ruiz de Alarcón. Cerca de la medianoche, marchamos. Nos acompaña toda la familia hasta la puerta. Ha dejado de llover y el aire se ha calmado. En el silencio de la noche estrellada se oye el rumor del arroyo Xantelerreca.

No puede haber despedida más barojiana. Desde el camino, volvemos la cabeza, incrédulos de haber contemplado y convivido con un mundo maravilloso de literatura y de nostalgia. **PRE GON**

Itzea de Vera, óleo de Ricardo Baroja.

